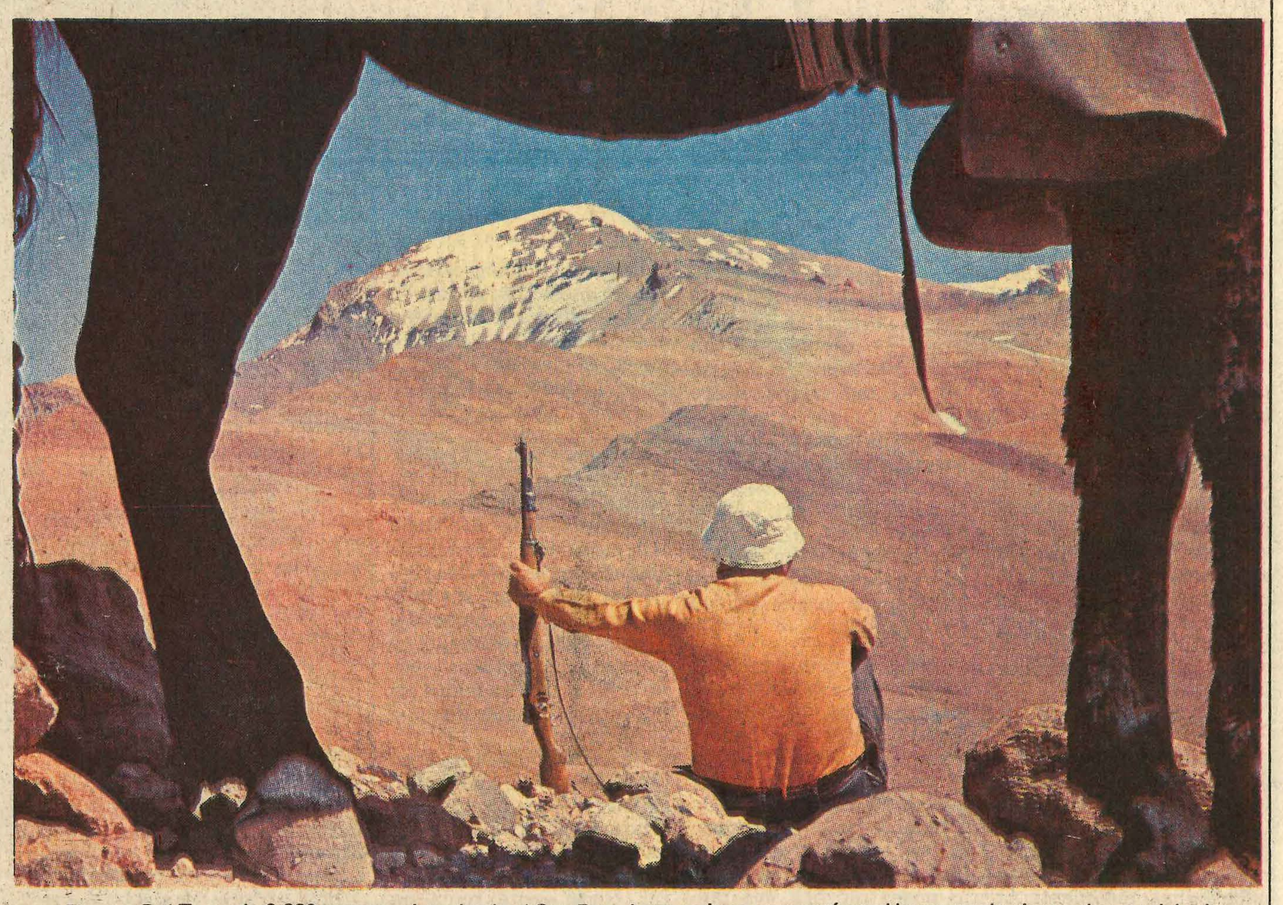
RESCATE DE LA MOMIA DEL CERRO DEL TORO

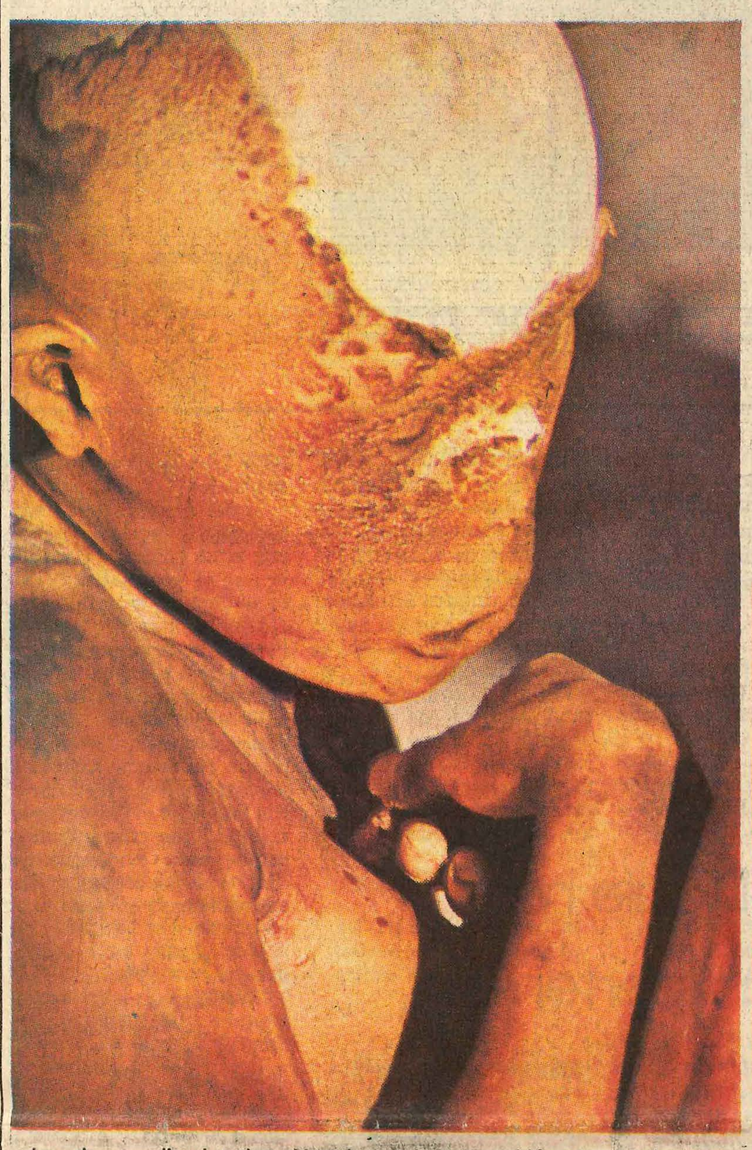
Segunda Nota

En la primera nota relacionada con el trascendente descubrimiento de la momia del cerro Del Toro dimos a conocer los pormenores de su descubrimiento a 6.380 metros de altura, sobre las nevadas cimas de esa montaña del departamento de Iglesia. Con la presente entrega, deseamos recordar la hazaña, única en el historial de la prensa argentina, realizada por periodistas y fotógrafos de DIARIO DE CUYO, que en el transcurso de una memorable y esforzada expedición, consiguieron rescatar para San Juan esa valiosísima pieza arqueológica de 500 años de antigüedad. También en esta oportunidad, las fotografías en colores de las expediciones de 1964, son inéditas, y las ofrecemos a nuestros lectores como contribución y recuerdo de aquellas inolvidables aventuras.

El texto de esta nota se publica en la página 5.

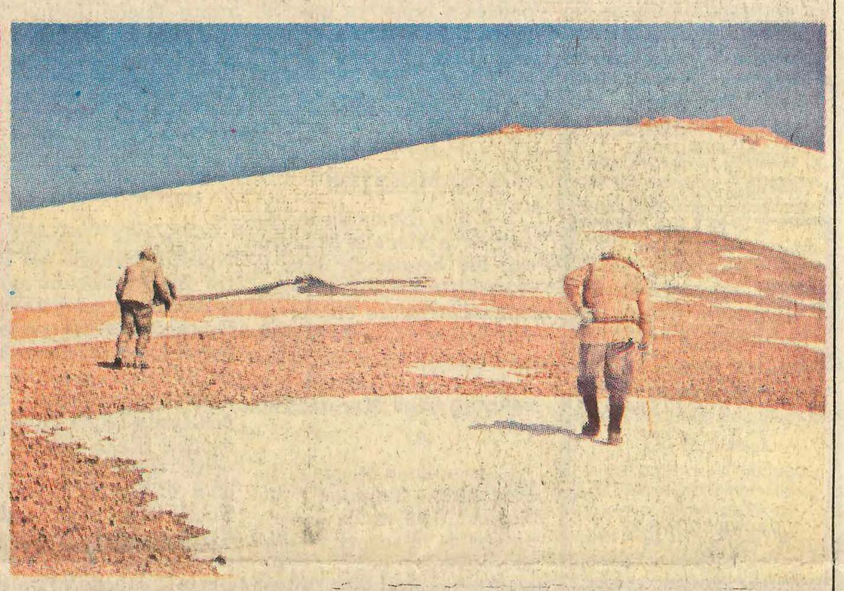


El cerro Del Toro, de 6.380 metros, visto desde el Sur-Este. La momia se encontró en el lugar que la cinta colgante del primer plano coincide con el folo cumbrero (derecha arriba).



La cabeza reclinada sobre el hombro derecho permitió que ese lado de la cara se conservara en buenas condiciones a pesar de que permaneció a la intemperie durante 500 años.

Detalle de las manos. Su extraordinaria conservación permitió obtener impresión dactiloscópica de varios dedos.



Inmediaciones de la cumbre del cerro Del Toro cubierta por una nevada. Esta fotografía fue tomada durante la tercera ascensión al nevado en el año 1964.

Don Bernardo Razquin y don Erico Groch han cargado sobre las espaldas de un periodista de DIARIO DE CUYO, el cuerpo de la momia, puesta sobre un asiento para evitar su deterioro en la bajada del cerro desde 6.380 metros. La fotografía fue tomada por el señor Antonio Lago, que participó de la expedición de rescate.

Rescate de la momia del cerro Del Toro

Por Antonio Beorchia Nigris

2da. Nota

El arqueólogo Juan Schobinger de la Universidad Nacional de Cuyo integrante de la expedición de rescate de la Momia del cerro Del Toro.

Los prolegómenos del rescate

De regreso a San Juan, la noticia del descubrimiento fue publicada en una serie de memorables notas por DIARIO DE CUYO, que causaron gran expectativa en nuestra ciudad. Recuerdo con qué entusiasmo el malogrado periodista don Rogelio Díaz Costa, sentado a se escritorio anotaba los detalles de la expedición, y cómo su interés personal por el tema lo obligaba a inquirir sobre un sinnúmero de particulares.

Quedaba obviamente implícita la necesidad de rescatar la momia juntamente con su ajuar, pero, ¿quién subvencionaría los ingentes gastos de una nueva expedición? Existen sin embargo personas por cuyas venas corre el fuego de la aventura, que si por sus múltiples ocupaciones no pueden a veces ser protagonistas directos de la misma, de tal modo se sienten copartícipes de nuestras andanzas, que colaboran, patrocinan, alientan a quienes las pueden vivir. Yo conozco muchos varones así en San Juan.

En aquella oportunidad, el director de DIARIO DE CUYO, Sr. Francisco Montes, concibió la idea de organizar una expedición conjunta de rescate, compuesta por representantes del diario, científicos, y montañeses del Andino Mercedario.

De hecho fuimos invitados don Erico Groch y yo, juntamente con el arqueólogo doctor Juan Schobinger de la Universidad Nacional de Cuyo, y el conocidísimo meteorólogo don Bernardo Razquin. Pero, como se verá, todo proyecto tiene sus imprevistos: trascendió que el gobierno provincial (casualmente era gobernador entonces también el doctor Leopoldo Bravo), daría a conocer un decreto por el cual se declararía propiedad de la provincia a la momia del cerro del Toro, y se designaría una comisión conjunta para su rescate. Había, pues, que poner momentáneamente violín en bolsa y esperar acontecimientos. Por mi lado regresé a Buenos Aires a mis ocupaciones habituales.

El decreto de referencia, cuyos considerandos y resolución eran los arriba apuntados, se dio a publicidad el día 22 de febrero de 1964, bajo el número 363 — G — 64, pero para entonces DIARIO DE CUYO se encontraba ya en el lugar de los hechos. Los motivos de esta determinación resultan fáciles de entender: la burocracia estatal siempre fue lenta, ni es esta una novedad para nadie. Sucedió que después de reiteradas entrevistas con el entonces ministro de gobierno, Miguel Nicolás, tendientes a organizar la expedición conjunta, viendo que los trámites iban a las largas, DIARIO DE CUYO optó por cortar de un tajo el nudo gordiano de los intereses surgidos, y salir de una vez al rescate. En efecto: los expedicionarios desde hacía días esperaban impacientes la voz de partida; los equipos, las movilidades, los baqueanos, las mulas estaban listos; ¿a qué esperar entonces indefinidamente?.

El que espera y tiene los días libres contados, tasca el freno, pues ve esfumarse de entre los dedos su oportunidad; yo mismo, como ya dije, tuve que regresar a Buenos Aires, sólo Dios sabe con qué dolor. De allí que DIARIO DE CUYO decidiera al fin arrancar rumbo al cerro Del Toro sin ulteriores trámites ni demoras.

Así, el domingo 16 de febrero, a las 4 de la mañana, sus expedicionarios dejaron San Juan para dirigirse hacia Angualasto. La nueva comisión estaba compuesta por las siguientes personas: el arqueólogo Dr. **Juan Schobinger**; el meteorólogo Don **Bernardo Razquin**, que días antes había bajado del Aconcagua los restos del andinista Pérez Chef, **Antonio Lago**, jefe de fotógrafos; **Roy Kirby**, redactor, y **Rogelio Díaz Costa**, historiador, miembro de la Academia Provincial de la Historia.

A las diez pasaron por Angualasto para alojar ese día en Malimán. El lunes 17 llegaron a El Fierro donde los baquenos **Justo Paredes** y **Justo Marinero** los esperaban con ocho mulares. En tres jornadas a lomo de mula consiguieron luego alcanzar el arroyo de Las Vicuñitas, desde donde intentarían el rescate.

Mientras tanto en San Juan se desató una tormenta de proporciones a nivel oficial, cuyo resultado fue el envío del inspector sumariante Ramón Ignacio Montaña, acompañado por los agentes Aníbal Vega, Cecilio Araya y Ramón Esquivel, para que detuvieran la comisión de DIARIO DE CUYO en el sitio donde la encontraran. Como derivación de estas medidas, el doctor Francisco Montes interpuso ante el juez del crimen recurso de habeas corpus en favor de los expedicionarios. El juez, al enterarse de que no existía detención, rechazó el recurso, no obstante la amenaza sobre la libertad de los expedicionarios y ordenó notificar "a toda persona que intente ascender a El Toro, que debe abstenerse de retirar la momia, declarada por decreto propiedad del Estado Provincial". Esto aconteció el 20 de febrero, y el decreto, según consta en publicaciones periodísticas de la época, se dio a conocer el 22. Dado que sus efectos solo podían aplicarse a partir de su publicación, resultaba en la práctica imposible notificar a los interesados.

El Dr. Montes finalmente apeló a la Cámara Penal.

El rescate

Muy arriba, cerca de las nieves, otras eran las preocupaciones de los expedicionarios en esos momentos. Díaz Costa y los baqueanos habían quedado en el campamento, pero los restantes trepaban a lentos pasos hacia el lugar del entierro. Cuando el sol enrojecía ya las altas cumbres, vieron sobre sus cabezas el murito del sitio ceremonial, y rato después estuvieron junto a la fosa. Extrajeron con cuidado el cuerpo congelado, y excavando en el hueco, pudieron rescatar dos "uncus" o camisetas andinas, una ojota, una manta y un cordón de lana.

La momia, sujeta a un cargador metálico, fue luego cargada sobre los hombros de Roy Kirby, que turnándose con don Bernardo Razquin, la bajó hasta Las Vicuñitas. Allí encontraron al inspector Montaña y a la comisión policial esperándolos, pero ya era tarde. De día después, emprendieron juntos el regreso hacia la mina de El Fierro.

Llegados a esta altura del relato, tendremos que efectuar un paréntesis y regresar al día 17 de febrero para ensamblar a esta apasionante historia, otros acontecimientos, que nos permitirían tener una visión global del asunto.

Parte la "Comisión Oficial"

Sucedió, pues, que a la madrugada del día 17 de febrero, uno de los socios más destacados del club Andino Mercedario, el Sr. Pascual Iseñy, llamó a Buenos Aires para comunicarme que se había organizado una comisión de rescate oficial, y que era indispensable que regresara a San Juan. Por tanto volví con el primer vuelo disponible y supe aquí que dicha "Comisión Oficial" debía alcanzar la "Comisión Particular" de DIARIO DE CUYO antes de que aquélla rescatara la momia. Digo esto para que se entienda cómo en esos momentos se había creado una "psicosis del rescate", con los apasionamientos y entusiasmos que las circunstancias cuasi competitivas habían creado.

Como quien dice: eran dos equipos que pugnaban para alcanzar una misma meta, desplegando para el caso al fogosidad propia de las grandes competencias.

Lo que seguiremos llamando "Comisión Oficial", tenía por jefe al entonces subsecretario de Instrucción Pública y Acción Social, don Martín Riveros, siendo sus miembros el diputado provincial Dr. Martín Riveros, los andinistas Jorge Enrique Varas, Sergio Fernández, Oscar Kümmel, Sergio Gino Job, Rodolfo Perelló y Antonio Beorchia Nigris. Como baqueano se desempeñaría el sargento de policía don Clodomiro Montaño, vecino de Tudcum.

. . . . . .

Los rezagados viajamos el miércoles 19 hacia El Fierro, cruzándonos a la altura del arroyo Las Piedritas con Varas, Job y Montaño, que esperaban allí la llegada de un camión, que debía transportar las seis mulas necesarias para alcanzar el campamento base. En vista de las circunstancias, nos sentamos nosotros también a la sombra del vehículo, a fin de escuchar opiniones e intercambiar noticias.

El día era lindo pero a pesar de la altura el sol apretaba. Las horas empezaron a correr lentas en esos peladales de Dios, y no teníamos otro entretenimiento que el de corrernos unos centímetros a medida que se corría la sombra del jeep. Para matar el tiempo, me puse a escribir mi diario personal.

"Che Varas —pregunté al rato a media voz— ¿Montaño se escribe con eñe?".

"¡No hombre, con gn... Montagno, así..".

"¿Es italiano el viejo?, porque parece apellido italiano".

"¡Como!, si Montagno es apellido bien criollo. Sí, sí, con gn... como le digo!".

Tan solo hoy, al releer esas líneas, caigo en la cuenta de que Varas bromeó. A la tarde viajamos hasta la mina del Fierro, donde un gran fuego ardía en la cocina—despensa; Don Martín Riveros revolvía el puchero de una olla colocada sobre un trípode, mientras las llamas se escurrían a los costados con breves destellos, que alumbraban apenas las negras paredes del ambiente sin ventanas. El humo áspero, mezclado al vapor del agua, salía al exterior como una cinta gris, rozando al dintel de la puerta y esfumándose en el aire seco; alrededor del fuego, varios mineros sentados sobre cajones, charlaban. Saludamos y entramos.

"¿Que hay del camión?", preguntó de inmediato Martín Riveros, corriéndose a un costado para darnos lugar. Nos acomadmos sobre un tronco cubierto de pellones, y aceptamos el vaso de vino que nos ofrecía.

"Pues que todavía no llega".

"¡Que mala suerte!. Estos del diario ya nos llevan mucha ventaja; ojalá la patrulla de policía los detenga a tiempo...".

El 21 de febrero, aprovechando las horas libres, descendimos al fondo de la mina alumbrándonos con linternas. Era un túnel estrecho que bajaba a las entrañas de la tierra serpenteando, a fin de seguir el curso caprichoso de la veta de plomo. No existían escaleras, sino solo una soga con la cual ayudarse en los tramos difíciles. El silencio era absoluto, y los haces de luz de las linternas sacaban apagados destellos del mineral negro. Al fondo, varias galerías se abrían hacia los costados, para morir pocos metros más allá. En una de ellas descubrimos un tarro con flores marchitas: eran para los mineros muertos, que según la creencia, regresaban a trabajar allí todas las noches, tanto indios como blancos, porque esa mina se explotaba desde antiguo, desde los tiempos en que los lingotes de plata eran llevados hasta el fabuloso Perú en recuas de llamas.

. . . . . .

Cuando a la madrugada del día siguiente llegó el camión con los animales de silla, tres se fugaron ni bien pisaron suelo firme, por lo cual Varas y yo nos echamos más tarde por delante la primera tropilla de animales chúcaros que hallamos a mano, y en menos de tres horas cubrimos los 30 kilómetros que nos separaban del Fierro. Llegamos con el sol bajo, a los gritos para que los mineros atajaran los animales, que entre todos acorralamos contra unas rocas. Había mulares y caballares, y todos se arremolinaban dando coces al aire, levantando un tierral. Con el lazo consiguieron atrapar tres, y eso fue todo, porque el soberbio padrillo overo, jefe de la manada, arremetió contra el cerco y abrió una brecha por donde se fugaron las restantes bestias. Entre la polvareda y los silbidos vi cómo un minero revoleó las boleadores, vi cómo cruzaron el aire encima de las nubes de polvo, y cómo se enroscaron a las patas delanteras del potro, que con el envión se levantó, cayó de espaldas algunos metros más adelante, rodó sobre los arbustos de acerrillo que se quebraron con estrépito, partió al fin el tiento de las boleadores, y otra vez en pie se alejó al galope tendido, con las largas crines flameando al viento. ¡Qué soberbio animal!. Nunca lo olvidaré.

El 22 de febrero herramos los animales atrapados y partimos. Ibamos Jorge Varas, Sergio Fernández, el sargento Clodomiro Montaño y yo. No me entretendré recordando las peripecias pasadas con esas bestias chúcaras: nos baste saber que se las ingeniaron para hacernos la vida imposible. Pero ya se sabe que con paciencia todo se arregla... de modo que, devolviendo patada por patada, y obligándolas a largos galopes, en sólo dos días quedaron mansitas como corderos.

Erico Groch y otro integrante de la expedición conformada por periodistas, meteorólogo y científicos, en un descanso, rodeados de la preciosa carga.

El gran encuentro

El 24 de febrero fue el día del gran encuentro. Eran las 12 cuando a la altura de la Ciénaga Colgada, en las inmediaciones de la unión del río de La Sal con el Taguas, vimos avanzar a lo lejos la caravana de DIARIO DE CUYO. "Son ellos —exclamó Fernández— mejor nos apeamos y esperamos".

"Mejor vamos a su encuentro", dije.

"¡Bueno, vamos!".

Varas iba montado en un jamelgo flaco, el viejo don "Cloro" en una mula zaina, yo en una alazana, Fernández en una mora, grande y fuerte.

Varas y Fernández se pusieron adelante, cabalgando a la par; las dos cargueras fueron puestas al centro, y Montaño y yo cerramos la pequeña comitiva, maniobra esta tendiente a impresionar nuestros "rivales". Estábamos en realidad intranquilos, pues no sabíanos a ciencia cierta cómo nos recibirían. Pero nuestros temores se esfumaron cuando topamos con ellos. En efecto, dieron éstos grandes gritos de alegría al vernos, y cuando nos apeamos, nos estrechamos las manos y nos abrazaron. Traían la momia envuelta en un paño de carpa, cómodamente "sentada" en una mula de carga. Entre dos la bajaron, y la resguardaron bajo un improvisado toldo sostenido en sus esquinas con cuatro piquetas, para que el sol no la dañara.

Encendimos fuego, y nos sentamos todos a su alrededor: estaba el Dr. Juan Schobinger, estaba el periodista Díaz Costa, estaba Don Erico Groch, el fotógrafo Antonio Lago, el famoso Don Bernardo Razquin, con su blanca melena ondeando al viento, los tres agentes de policía, y además el baqueano Araya de Colangüil, juntamente con los dos Justos, Paredes y Marinero.

Ya el asado goteaba sobre las brasas, mientras la caramañola con vino giraba de mano en mano. Comimos juntos, charlamos con franca camaradería y finalmente nos aprestamos a seguir por diferentes rumbos. Nosotros, con el agregado de Don Aníbal Vega, fuimos a los baños termales de San Crispin, y ellos bajaron hasta El Fierro, como mas adelante diré.

El Toro otra vez

Como montañeses, Varas y Fernández deseaban vencer El Toro, tanto como ver su faz arqueológica. Por consiguiente, arrancando desde San Crispín, decidimos intentar su ascenso por la ladera Sur—Este, que remataba arriba en un extenso nevé. Alcanzamos los 5.000 metros a lomo de mula, y allí nos apeamos para comer un bocado. Recuerdo como Vega se restregaba las manos de puro contento, y le daba palmadas en la espalda al viejo Don Cloro. Se sentía orgullo de encontrarse a esas alturas, y mirando a lo lejos, con esa expresión de pícara alegría que solo puede verse en los ojos de nuestros criollos, exclamaba: "¡Que estamos alto no!,. Pucha que hemos subido lindo,¿eh viejo?".

"A ver si se traen un cogotito de guanaco lleno de oro —nos recomendaban mientras Don Cloro— los indios enterraron muchos en estos cerros..."

¡Pobres indios!, a gatas sí poseyeron algún adorno de plata o de cobre en San Juan. Pero nuestros paisanos relatan historias de fantásticos tesoros, que de ser todas ciertas, el oro de Atahualpa sería poco comparado con aquellos.

Más tarde seguimos a pie, para acampar a las 18 por sobre los 5.600 metros de altura. Alisamos una porción de suelo, donde sin mucho trabajo levantamos una única carpita, en cuyo interior nos refugiamos. Procuré estirarme lo mejor posible al lado de Fernández, con la cabeza hacia la entrada, mientras Varas se ubicaba al revés. Forcejeamos un rato resoplando y poniéndonos mutuamente los pies en la cara, hasta que por último quedamos quietos.

Antes de que aclarara, nos encaminamos hacia la cumbre. El frío era tan intenso que parecía tener vida; era algo palpable, casi diría sólido. La nieve crujía con ruido metálico bajo los botines y era harinosa y seca. A las 12 llegamos arriba. Nos abrazamos los tres, mientras una lágrima escondida corría por las mejillas de Fernández. Seis mil trescientos ochenta metros: era una buena altura aunque el cerro fuese fácil. Dejamos los documentos con nuestros nombres, y la fecha de ascensión: 26 de febrero de 1964. Finalmente bajamos hasta el lugar de la momia, rescatada como ya dije días antes por

(Continúa en la página 7)

ORTODONCIA
ODONTOLOGIA GRAL.
NIÑOS - RX - PROTESIS
Dr. Alfredo Agliozzo
Dra. Sara de Turner
Obras Sociales — Mutuales
Centro Médico GALENO
Laprida 350 este
Tel. 26524

LLEGO EL DIA SOÑADO?
modas VISITE María novias
PARA COMODIDAD DE TODAS LAS NOVIAS AHORA ATENDEMOS EN LA ESQUINA ROMANTICA DE SAN JUAN
Novias, Madrinas, 15 años
Fiestas en General
Tocados, Bouquets, Souvenier.
CONSULTE PLANES
RIVADAVIA Y RIOJA

Etam Liquida 30%
Por debajo de nuestros precios de marzo.
Rebajamos los precios. Mantenemos nuestra calidad.
Vestidos de fiesta • Tapados • Trajes • Vestidos sport • Pilotos • Sacones • Polleras pantalón y rectas • Blusas • Pulloveres • Pantalones • Poleras • Camisones • Robes • Pijamas • Panties •
argencard La tarjeta de crédito imprescindible en Etam
Un miembro de DINERS CLUB INTERNATIONAL es reconocido como un buen cliente de Etam
Etam
Hay uno cerca suyo y está liquidando!

Rescate de la momia del cerro Del Toro...

(Viene de la página 5)

la expedición de DIARIO DE CUYO, y nos entretuvimos cavando el fondo de la fosa vacía, hasta sacar a luz un par de ojotas, un trenzado de cuero y lana con una borla roja en forma de ojal, algunas plumas, trozos de hilado y una maderita. Cuando la pala golpeó contra la roca viva, despejamos por completo la fosa artificial, comprobando que medía unos 80 cms. de profundidad por otros tantos de diámetro. Por su lado la esquina Nor-Este del explazo ceremonial, que como ya dije en la nota anterior medía 7x12 pasos, arrojó otros materiales como carbonilla,trozos de cuero, guano de camélidos, plumas y pasto. A las 18 regresamos a la cumbre, y desde allí al campamento de ataque, cruzando en pocos minutos el nevé que a la mañana nos costara dos horas de esfuerzos superar. ¿Cómo?, muy sencillo: "esquiamos" con... el trasero, esto es, bajamos sentados sobre la nieve, frenando con las piquetas cuando la velocidad era excesiva.

Valeriano y retorno

Los días siguientes visitamos el tambo indígena de Valeriano, del cual hablé en otras oportunidades. De ese tambo ("tampu" en quechua), quizás partió el cortejo de sacerdotes con el joven chasqui, para sacrificarlo en las cimas de El Toro. Finalmente, el 28 de febrero emprendimos el regr. o, siguiendo la senda del arroyo de La Ciénaga Colgada. Es esa una subida pesadísima y escarpada, que se abre arriba en una explanada lisa, engañosamente verde.

"Esta es la Ciénaga Colgada —nos gritó Vega— tengan cuidado de no meterse en ella".

Pero ya era tarde. El viejo Montaño, que se adelantara un trecho, desvió su mula hacia la cómoda planicie, donde de inmediato se hundió en el cieno hasta el vientre. Más el animal forcejeaba, más se hundía.

"Salte hombre —gritó Fernández— salte por Dios".

"¡Si no es nada ñó!, ella ha de sacarme de aquí".

"Salte viejo o lo enlazo —gritó a su vez Vega que llegaba al galope revoleando el lazo sobre su cabeza —deje que el animal se las arregle solo".

Montaño entonces se tiró hacia la cercana orilla, y tomándose de un arbusto y de la mano de Fernández, consiguió subir a tierra firme. También la mula, ayudada con el lazo, pudo salir de la viscosa trampa.

"Viejo pícaro —refunfuñó Vega— tantos años andando por la cordillera, y al ñudo. ¿No conoce todavía una ciénaga?".

Don Cloro se alejó en silencio para dedicarse a limpiar lo mejor posible su montura.

Dos días después, llegados al borde de la inmensa cicatriz que el río de La Palca forma en los llanos de San Guillermo, nos descolgamos por un acarreo de finísima arena que llegaba hasta el mismo río. De pronto apareció a media cuesta una tropita de guanacos que pastaban tranquilos. Los dos baqueanos saltaron entonces de sus mulas e iniciaron un recio tiroteo, mientras los sorprendidos animales daban vueltas sin saber por donde huir.

"Ya está bueno, hombre —les grité— dejémonos de carnicerías"

"Hay que matarlos a todos estos bichos" contestó uno con expresión sorprendida, tanto para decir algo.

"Hay que matarlo a usted" respondí a mi vez, ya fuera de mis cabales. Aquél no replicó, pero tampoco tiraron más.

Sin embargo, miren la paradoja: al ver un joven guanaco huir herido, olvidé en el acto mis principios conservacionistas, y sentí correr por mis venas el antiguo fuego del cazador, de modo que manoteé una carabina a fin de perseguirlo. Es cierto, hay momentos que somos todo corazón, otros puro instinto. Al mismo Vega lo ví perdonar las hembras con cría, a no balear un soberbio relincho por el solo hecho de estar cerca y no demostrar temor.

Encontré al guanaquito tirado sobre la senda. Oscurecía. El animal me miró, y levantándose trabajosamente, se alejó un centenar de metros, para echarse de nuevo.

Apunté despacio, y otra vez el corazón prevaleció sobre el cazador: no pude tirar. Me arrimé, y se alejó. Otra vez lo alcancé, y otra vez retomó su fuga, siempre más lenta, siempre más pesada. Finalmente ya no pudo andar.

Lo alcancé, y me senté a su lado. Era pequeño y bonito, con dos ojos grandes, profundos, que me miraban resignados. Hay miradas que dicen más que un libro. Puse su cabeza sobre mis rodillas y lo acaricié.

Así quedamos, mirándonos, hasta que con una queja imperceptible, murió.

A las 14 del día 28 de febrero, alcanzamos la mina del Fierro, y esa misma noche cenamos en Pismanta.

Epílogo

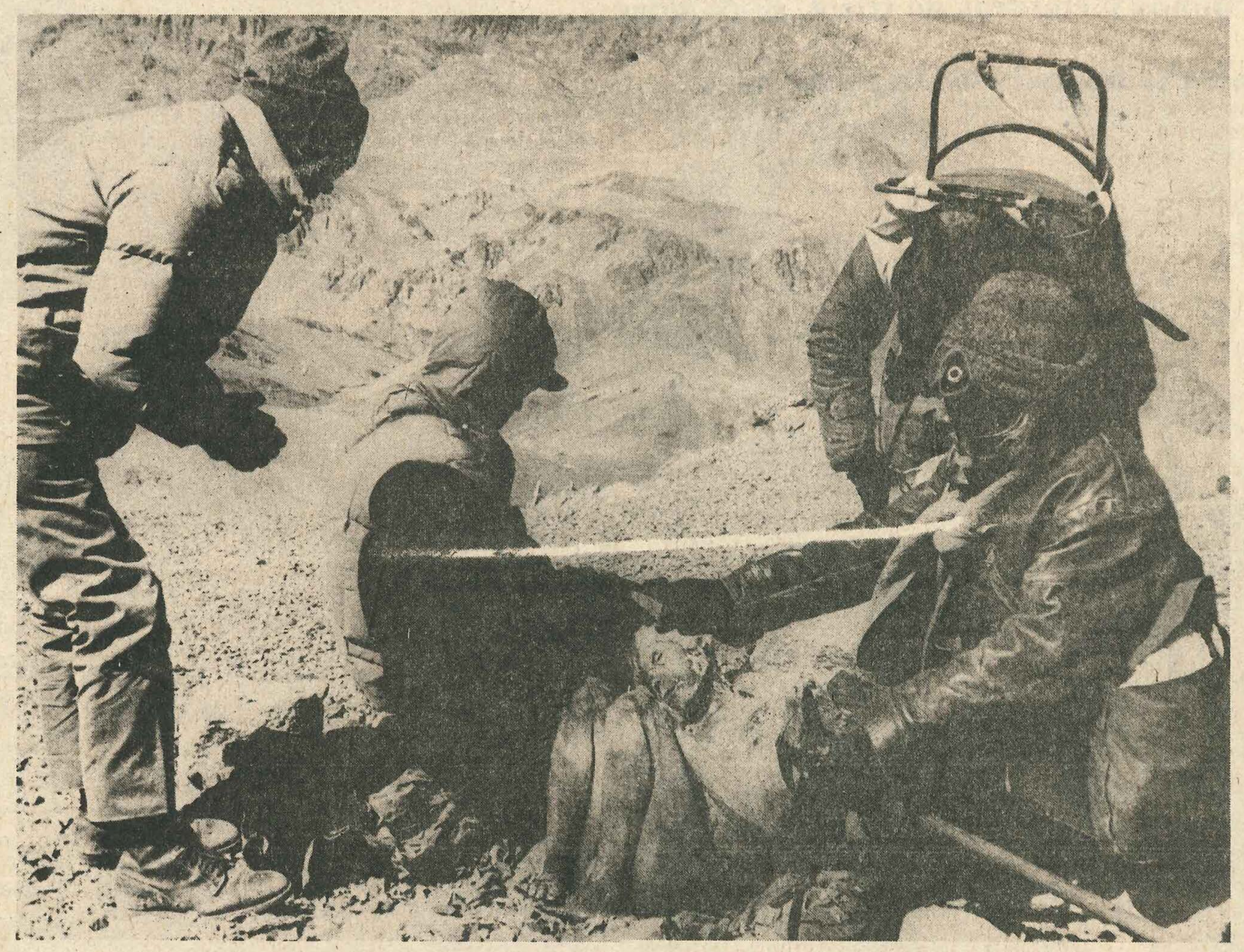
El 26 de febrero, la expedición de DIARIO DE CUYO alcanzó a su vez la mina del Fierro, y entregó la momia a las autoridades allí presentes, previa redacción de un acta de entrega, firmada de conformidad por ambas partes. El subsecretario Martín Riveros expresó que "el Gobierno de la Provincia sabrá valorar el esfuerzo realizado por DIARIO DE CUYO".

Entretanto, la Cámara Penal de Apelaciones de San Juan, hizo lugar al habeas corpus interpuesto por el Dr. Francisco Montes en favor de los expedicionarios "por cuanto no se discute ni se impugna el decreto respectivo" (el 363-G-64). De modo que el temporal jurídico que amenazó desatarse, quedó en aguas de borraja, ni se habló más del asunto.

En cuanto a la mal llamada momia (es en realidad un cadáver congelado y deshidratado naturalmente), en previsión de deterioros, fue depositada en el frigorífico de la firma Ruiz Calado en Rawson, bajo control policial. Posteriormente pasó al patrimonio del Museo Arqueológico dependiente de la Universidad de San Juan, donde se conserva en perfectas condiciones,

Cabe agregar que la momia del cerro del Toro, fue el llamado de atención para que las autoridades gubernamentales efectivizaran las leyes N° 3098 y 3099, por las que se crearon los Museos Arqueológicos, Paleontológico y de Ciencias Naturales de nuestra provincia.

Hasta aquí fueron los pormenores del hallazgo y del rescate de la momia del cerro Del Toro. En una próxima y última nota, daremos a conocer, de permitirlo Dios Nuestro Señor, los resultados a que arribaron los científicos sobre este apasionante caso, como asimismo sus conclusiones.



Los expedicionarios en la tarea de arreglar el precioso patrimonio histórico rescatado para que no se deteriore.

CRISA ASOC. protege
DESINFECCIONES
DESRATIZACIONES
DESINSECTACIONES
SANIDAD VEGETAL
Rivadavia 326 Este — 1er. Piso
Teléfono 50063